

NUESTRO JONÁS 2839 AÑOS DESPUÉS

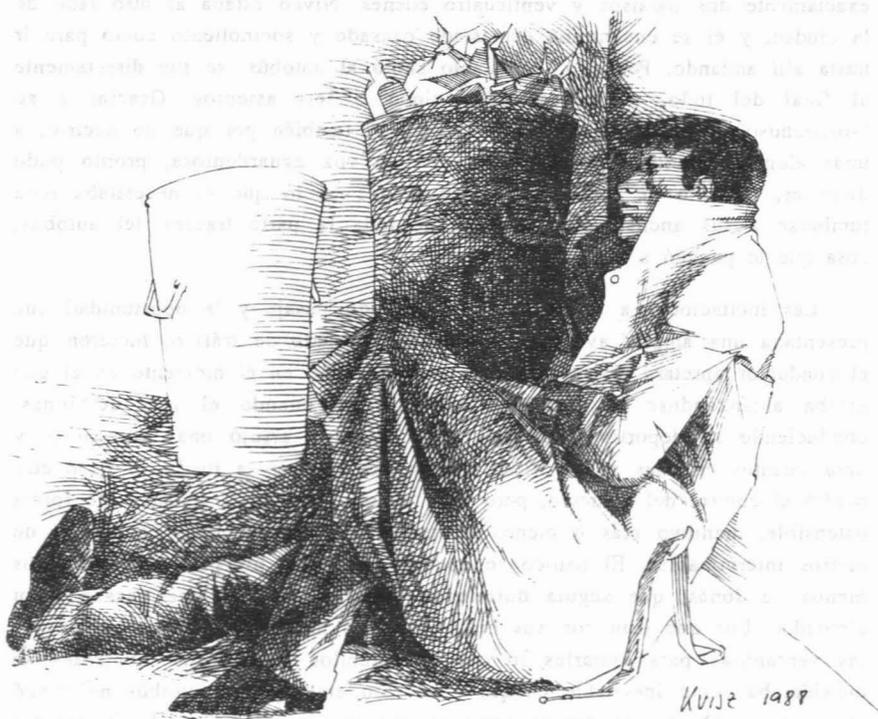
MIGUEL HERNÁNDEZ ALEPUZ.
(Universidad de Valencia)

Fue al doblar la esquina que daba a quel sucio y pequeño callejón cuando al fin lo encontró. Allí estaba, en el suelo, rodeado de cubos de basura y con evidentes signos de borrachera. Se acercó a él con cuidado, se agachó y, cogiéndolo con una mano por el cuello, con la otra le dió una docena de bofetadas en cada lado de la cara. Cuando se despejó lo suficiente como para que pudiera oírle le dijo: "Levántate. ve a Niveo, el gran antro, y proclama contra él que sus cumplimientos normativos han llegado a mi conocimiento". Y Jonás procedió a levantarse y huir. Y huyó tan deprisa que se olvidó pedirle el dinero para el autobús. No obstante, no se atrevió a volver sobre sus pasos para pedirselo, así que rebuscó en sus bolsillos y comprobó, no sin alborozo, que juntando el dinero de todos ellos tenía suficiente para el billete, exactamente dos paraísos y venticuatro edenes. Niveo estaba al otro lado de la ciudad, y él se encontraba demasiado cansado y somnoliento como para ir hasta allí andando. Por ello, en cuanto subió al autobús, se fue directamente al final del todo, donde se unían cinco o seis asientos. Gracias a su "sospechoso" aspecto, su indefinible aroma y, también por qué no decirlo, a unas alegres cancioncillas entonadas con su voz aguardentosa, pronto pudo disponer, no sólo de todos esos asientos que es lo que él necesitaba para tumbarse a sus anchas, sino también de toda la parte trasera del autobús, cosa que le pareció a todas luces excesiva.

Las incitaciones a la premura del apiñado pasaje y la oportunidad que presentaba una amplia avenida totalmente despejada de tráfico, hicieron que el conductor apretara el acelerador en exceso. Justo en el momento en el que estaba alcanzándose la velocidad máxima fue cuando el jefe de Jonás, conduciendo su deportivo, se puso a su altura y arrojó unas chinchetas y unos cuantos cristales a una rueda trasera. Al reventar la rueda, el conductor perdió el control del vehículo, pero éste, aunque zozobró y se ladeó de forma ostensible, mantuvo más o menos su trayectoria durante unos centenares de metros interminables. El pánico se apoderó de todos los pasajeros, de todos menos de Jonás, que seguía durmiendo ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor. Los que iban con sus hijos pequeños no dudaron en arrojarlos por las ventanillas para evitarles lo que en aquellos angustiosos momentos se consideraba como inevitable choque final. Sin embargo, el autobús no chocó con nada, y él sólo se detuvo antes de que terminara la avenida. Todos los

pasajeros empezaron a decirse unos a otros: "vengan y echaremos a suertes a ver quién cambia la rueda".

Se lo jugaron a los chinos y le tocó a Jonás, lo que no dejaba de resultar curioso pues él no había participado en el juego, ya que seguía durmiendo tranquilamente en los últimos asientos. Así pues, lo despertaron y le comunicaron la buena nueva, ante lo cual respondió con estas palabras: "Soy Jonás y a mi jefe, el Dios, temo, aquel que todo lo controla". Todos los pasajeros sintieron mucha compasión por él, pero aún sintieron mucha más por ellos mismos, al menos mientras su irascible jefe andara suelto. Y por ello le preguntaron; "¿Qué debeos hacer para que no haga más atentados?". Jonás respondió que él era la causa de todo y que con sumo gusto abandonaría el autobús y se iría a otro. Pero el pasaje no estaba por la labor, al menos sin que antes cambiara la rueda. Cuando terminó de colocarla, varios hombres y el propio Jonás, se subieron al techo del autobús, mientras que el resto del pasaje se subía a su interior. Una vez hubieron andado unos cuantos metros y comprobaron que estaba bien puesta, los hombres de arriba del autobús dijeron; "Ah, pues, Oh Dios, por favor, no perezcamos por causa de la incompetencia de este hombre", dicho lo cual, y cogiendo a Jonás uno por los brazos y otro por los pies, lo arrojaron desde el techo del autobús en marcha. Para su satisfacción comprobaron como el resto del viaje resultó ser la mar de tranquilo.



Por su parte Jonás tuvo peor fortuna. En su vuelo vió por el rabillo del ojo como iba a aterrizar sobre el tejado de un ediicio que tenía el siguiente letrero luminoso: "EL PEZ PISTONUDO", pero cuando ya iba a estrellarse contra el tejado, de pronto, apareció su jefe desde detrás de una chimenea, y abrió una pequeña trampilla justo en el lugar donde el pobre Jonás iba a caer. Por ello Jonás siguió cayendo durante un largo rato hasta que por fin chocó con una superficie dura. Se incorporó de un salto e intentó averiguar dónde se encontraba, pero aquello estaba muy oscuro. Cuando por fin sus ojos se acostumbraron a la espesa penumbra, vió con sorpresa que había ido a caer en el escenario de un pequeño teatro de vaierdades. Delante de él se extendían las filas de butacas, arriba, a los lados, los palcos, y a su espalda, el escenario. Aquello en Jonás fue motivo de una alegría indescriptible, pues desde pequeñito había soñado con ser actor y ahora, con todo un teatro para él solo, podía ver realizado su sueño. No le preocupaba en absoluto la falta de un elemento tan secundario en el teatro como es el público, pero sí que se sintió abatido al darse cuenta de que le faltaba un elemento imprescindible, un elemento sin el cual era imposible llevar a cabo una representación digna, la obra. ¿Qué podía decir?. No se sabía ninguna de memoria. Sin embargo, no se desanimó y empezó a recitar en voz alta todo aquello que se sabía de memoria y venía a su cabeza: los días de la semana, el orden de los planetas del sistema solar, las preposiciones, los meses del año, etc.. No obstante, aquello le pareció un tanto incoherente, como si guardar la debida unidad que se requería a toda obra teatral que se preciase de tal. Siguió pensando durante largo rato hasta que por fin se le ocurrió algo genial, algo que no comprendía cómo no se le había ocurrido antes, el "Real Decreto con fecha del 31 del 7 de 1987, de disposiciones normativas sobre posadas, ventas, pensiones, pubs, locales de alterne, bares, tabernas y tugurios". Él se sabía se memoria los 89 artículos de que constaba, pues era su trabajo y a lo que de vez en cuando se dedicaba. Muy animado por el descubrimiento, se dispuso a comenzar; carraspeó, miró al inexistente público, saludó, carraspeó otra vez y por fin comenzó a declamar con voz muy engolada:

Artículo 1º. Todas las posadas deberán estar limpias y ordenadas. Se servirán tres comidas al día. Tendrán habitaciones cómodas y aseadas y de variado tamaño y precio para atender la demanda de cualquier viajero. La posadera será amable con los clientes extranjeros, recuerden que España es Simaptía.

Artículo 2º.

Tres días después las señoras de la limpieza del teatro encontraron a Jonás desfallecido en mitad del escenario. Aquellas llamaron a un tramoyista, el cual muy amablemente acompañó a Jonás hasta la puerta y una vez allí le dió tal patada en las posaderas que lo envió a la ota acera, justo donde estaba esperándole su jefe. Entonces el Dios le habló: "Levántate, ve a Niveo, el gran antro, y poclámale lo que te he dicho". Ante esto Jonás se levantó y fue a Niveo, Pero no fue tan fácil encontrarlo. Cuando preguntaba a la gente nadie sabía indicarle el lugar, y todos les ponían unas caras muy raras. Lo halló a la

postre porque lo encontró él mismo, y más tarde averiguó que nadie le daba razón de aquel local porque todo el barrio lo conocía por el popular nombre de Níspero. Jonás entró en el local enseñando su carnet identificativo y proclamando en voz alta: "Sólo cuarenta días más y Niveo será derribado". Y comenzó a ennumera todos los incumplimientos, inobservaciones e incorrecciones en la aplicación del texto normativo. Estos iban desde el insuficientemente número y mala colocación de las salidas de emergencia, hasta el lamentable estado de los servicios, pasando por el desorden que se apreciaba en la barra y en general en todas partes. Y tampoco debía de olvidarse el vestuario de las chicas, ya que, aunque el local estaba definido en su permiso legal como "local de alterne", aquello era excesivo, o mejor dicho, demasiado poco. Todas las señoritas se quitaron sus minúsculas prendas y se pusieron un sobrio y hogareño delantal para inmediatamente comenzar a adecentar el local. Jonás se subió a una mesa, y a la vez que blandía orgullosamente con una mano su carnet de asesor del Director del Instituto para el Orden y la Sanidad, lanzaba con voz estertórea terribles amenazas para todos los presentes, anunciando castigos dantescos y multas sin fin.

Sin embargo, el Dios quedó tan complacido por la labor realizada que levantó el castigo y se fue a una habitación de atrás con la mejor chica del Níspero, una rubia impresionante. Jonás, celoso, ya que ella le había hecho algunas promesas en el mismo sentido, mandó a la porra su trabajo y a la papelera su carnet, y se fue a su pueblo a plantar cebollas.

Cuando al Director del I.O.S. le dijeron como había reaccionado su hsta entonces subalterno, se enfadó. Fue a su pueblo y le fastidió la cosecha echándole sal y petróleo en todos los campos. Jonás, cosa curiosa, se enfureció con Dios, pero este procedió a decirle: "Es correcto que te hayas enardecido de cólera en cuanto a las cebollas?". A lo que Jonás contestó; "Hombre, pues claro!".